

EL DESARME AL DIA

El 14 de marzo iniciará en Ginebra sus sesiones el Comité de 18 naciones constituido por la Asamblea General de las Naciones Unidas (Res. 1.722 XVI, 20 diciembre de 1961) para intentar llegar a un acuerdo sobre el desarme. Los acontecimientos han centrado sobre esta Conferencia la atención mundial. Es posible que a ella asistan los jefes de Estado o de Gobierno de los países que forman el Comité; en este caso, el tema del desarme se ventilaría en íntima conjunción con otros no menos importantes (Berlín, reunificación alemana, sudeste asiático, China, etc.). En uno y otro caso, el tema del desarme constituirá el tema central de la Conferencia y sobre el juego técnico de su compleja naturaleza se desplegará la táctica de las principales naciones.

¿Cómo se plantea el desarme en el momento actual y qué posibilidades de éxito tiene esta Conferencia?

La Asamblea General se ha ocupado del desarme desde su primera sesión, continuando así con otros protagonistas los desesperados esfuerzos que se iniciaron a fine del pasado siglo y que culminaron en la Sociedad de Naciones. El último paso dado en este sentido fué el acuerdo adoptado por los ministros de Asuntos Exteriores de los cuatro grandes en París, en agosto de 1959. En consecuencia, un comité compuesto por los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia, Italia y Canadá, por un lado, y la Unión Soviética, Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia y Rumania, por el otro, se reunió en Ginebra el 15 de marzo de 1960. Las negociaciones se interrumpieron el 27 de junio ante el fracaso de cuantos esfuerzos se hicieron por hacer avanzar las negociaciones durante las 48 sesiones celebradas por el Comité.

La batalla se llevó entonces a la XV Asamblea General: se presentaron diez proyectos de resolución durante las animadas sesiones de la Asamblea. Además del soviético y del americano, que incorporaban sus respectivas po-

siciones en Ginebra, se destacaron los proyectos indio y británico. Finalmente, el 30 de marzo, los Estados Unidos y la Unión Soviética anunciaron que se habían decidido a reanudar sus conversaciones para continuar la Conferencia de Ginebra.

Estas conversaciones se encaminaban a resolver dos dificultades que separaban fundamentalmente a ambas partes: la composición del Comité de Desarme y la cuestión de las pruebas nucleares. Desde el discurso de Jruschov ante la Asamblea General (28 de septiembre de 1960), la Unión Soviética viene insistiendo en que todos los órganos ejecutivos de las organizaciones internacionales reflejen la supuesta división del mundo en tres bloques. El principio de la «troika» debía de regir también la composición del Comité. Los Estados Unidos, por el contrario, presentaron cuatro fórmulas distintas para satisfacer los deseos de la Unión Soviética, sin someter al Comité a un régimen tripartito que equivaldría en la práctica a la regla de la unanimidad.

La prohibición de las pruebas nucleares ha sido objeto de negociaciones separadas por varias razones. Aparte del terrible peligro que significa el aumento de la radiactividad de la atmósfera, la prohibición de las pruebas nucleares es una medida sencilla que permite iniciar el complejo problema del desarme de manera efectiva. Pero, además, afecta a uno de los más espinosos problemas del desarme: el sistema internacional de inspección, garantía esencial del cumplimiento de cualquier tratado de desarme. Efectivamente, la prohibición de las pruebas nucleares ofrece un campo en el que la inspección sería relativamente sencilla. En la actualidad, los sistemas nacionales de detección no son capaces de detectar las pruebas subterráneas a escala reducida, ni las explosiones estratosféricas. No obstante, mediante la investigación podría llegarse con toda seguridad a perfeccionar los sistemas nacionales, superando así la objeción que los soviéticos siempre han opuesto a todo sistema de control.

Por todo ello, una conferencia tripartita entre los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Gran Bretaña se inició en octubre de 1958, para llegar a un acuerdo que prohibiese definitivamente las pruebas nucleares. Mientras tanto, se respetó una moratoria voluntaria. Desgraciadamente no pudo llegarse a ningún resultado y la Conferencia se interrumpió definitivamente, después de muchos altibajos, hace poco más de un mes. Además de las dificultades técnicas y militares del eventual tratado, las explosiones que Francia inició poco después de iniciada la Conferencia envenenaron el ambiente de las sesiones. La Unión Soviética ha entorpecido desde entonces las negociaciones insistiendo en que el asunto debía tratarse en el marco general del

desarme e iniciando en septiembre pasado una serie de explosiones experimentales, que culminaron en la bomba de 57 megatoneladas, inmenso artefacto destructivo, totalmente inútil desde un punto de vista científico.

Sin embargo, cuando las Delegaciones occidentales decidieron acceder, ante la inutilidad de sus esfuerzos, proponiendo la inclusión del tema en la próxima conferencia de Ginebra, la Delegación soviética intentó por todos los medios continuar las negociaciones por separado. La razón de esta extraña conducta es simplemente que los occidentales exigirán tratar de este tema con prioridad a cualquier otro del desarme.

Las conversaciones celebradas durante junio, julio y septiembre en Washington, Moscú y Nueva York, en cumplimiento de la resolución de la Asamblea General, no lograron un acuerdo ni sobre la composición del Comité de Desarme ni sobre la prohibición de las pruebas nucleares. No obstante, ante la proximidad de la Asamblea General, ambas partes se pusieron de acuerdo para presentar el 20 de septiembre pasado una «declaración conjunta sobre los principios de las negociaciones del desarme», en el que se aúnan, al amparo de la vaguedad, las tesis fundamentales de ambas partes. Además de los puntos fundamentales del desarme—carácter general y universal, etapas rigurosamente escalonadas, control internacional y constitución de una fuerza internacional al servicio de la paz—, los Estados Unidos aceptaron que el control se refiriese sólo a los efectivos militares desarmados, mientras que la Unión Soviética aceptó el principio de la libertad de acción del órgano de control. Este es el último texto vinculante sobre el desarme.

El 15 de noviembre se inició el debate sobre el desarme en la XVI Asamblea General. Después de algunas presiones y, sobre todo, después de la terrible sacudida emotiva que significó la bomba rusa, ambas Delegaciones presentaron el 20 de diciembre un proyecto conjunto de resolución que fué aprobado por unanimidad. El Comité de Desarme estaría formado por las diez potencias que antes lo constituían, más Suecia, Brasil, Méjico, India, Birmania, Etiopía, Nigeria y R. A. U. Este Comité habrá de informar a las Naciones Unidas antes del 1 de junio.

* * *

La Conferencia tiene escasas probabilidades de éxito. Toda clase de borrascas ajenas al tema se ciernen a su alrededor, envenenando el clima de confianza necesario para un acuerdo. La actitud de algunos países del Comité, como Francia, puede motivar incluso que la Conferencia no llegue a celebrarse. Las pruebas que iniciarán los Estados Unidos a fines de abril quizá sirvan

para lograr un acuerdo parcial sobre la prohibición de las pruebas experimentales, por las razones antes expuestas y por el deseo ruso de no ver aumentada aún más la superioridad occidental en esta materia. El acuerdo recientemente adoptado sobre la Antártida quizá permita llegar también a un acuerdo sobre los fines pacíficos del espacio. Teniendo en cuenta, según afirman los expertos, que dentro de diez años podría crearse un sistema ofensivo de satélites capaz de imponer una victoria sin disparar un solo tiro, este aspecto del desarme es ciertamente de alta importancia.

En todo caso, no debe olvidarse que un acuerdo sobre el desarme es imposible. La idea del desarme es una idea engañosa; parte de supuestos erróneos. Mediante la destrucción de las armas se pretende asegurar la paz, sin pensar, como recordaba Einstein hace ya tiempo, que los hombres, aun desarmados, guerrearían con palos y piedras. No son las armas las que determinan las guerras, sino los motivos que inducen a los gobernantes a armarse. Mientras los intereses de los Estados no se vean protegidos de forma permanente, es inútil pretender que van a renunciar voluntariamente a los instrumentos que los defienden. Por ello, la única forma de asegurar la paz es mediante un sistema de seguridad colectiva verdaderamente efectivo. Mientras éste no exista, mal podrá llegarse al desarme. El desarme no es la causa, sino la consecuencia de la paz. Los celos y la desconfianza de una y otra parte, justificados por la complejidad misma del desarme y la imposibilidad práctica de asegurar el equilibrio constante entre las potencias durante su ejecución, no permitirá a éstas acceder jamás a lo que la opinión pública mundial exige calurosamente. Las negociaciones del desarme, exentas de un sistema efectivo de seguridad colectiva, verdadero corazón de la paz, no serán más que una forma de obtener ventajas militares sobre el contrario o de explotar propagandísticamente una actitud negativa impuesta por las circunstancias.

En estas negociaciones, por tanto, sale a relucir la debilidad estratégica de una y otra parte. Es cierto que los soviéticos no admiten el control internacional sobre su territorio, en términos tales que hace pensar que quieren «un desarme sin control», pues esto les privaría, evidentemente, de una de sus ventajas militares: el relativo desconocimiento que tienen los americanos de la magnitud y situación de los efectivos militares del mundo comunista. A su vez, los soviéticos achacan a los americanos de querer «un control sin desarme», ante su insistencia en conservar sendos contingentes nacionales para asegurar el orden público y la constitución de una fuerza internacional que estaría al servicio del orden establecido y que, a juicio de

EL DESARME AL DÍA

los rusos, iría en contra de las legítimas aspiraciones de los pueblos coloniales y de los movimientos revolucionarios. Tampoco estarían dispuestos los americanos, al menos en las etapas iniciales del desarme, como exigen los rusos, a dismantelar el mortífero sistema de bases que rodea a la Unión Soviética. Ante esto no nos queda más que ver cómo y de qué forma se defienden unos y otros en la mesa de conferencias, ante la presión de la opinión pública, y esperar que al menos se logren acuerdos parciales sobre aquellos temas que, por ser susceptibles de un equilibrio auténtico entre ambas partes, interesan, desde luego, a todos.

JAIME DE OJEDA.